

El imperio de la moneda fuerte.

Cómo el valor convencional de las divisas reordena el mundo.

1. La ficción que lo compra todo.

Un jubilado alemán llega a una pequeña localidad de la costa española. Con el dinero que en Múnich le permitiría pagar un piso pequeño, compra una casa con vistas al mar, contrata a una cuidadora y come en restaurantes tres veces por semana. No ha hecho nada especial para merecerlo. No es más trabajador ni más inteligente que el vecino español que, con un salario medio, no puede pagar el alquiler en su propio pueblo. Simplemente, nació en el lado correcto de una frontera monetaria.

Esta escena se repite en todo el planeta. Un estadounidense en México, un suizo en Tailandia o un británico en Portugal. Y no es el resultado de una ley natural de la economía, sino de una convención política e interesada relacionada con el valor relativo de las monedas. La tesis de este ensayo es que ese valor no refleja la realidad productiva de los países, sino una jerarquía de poder que permite al Norte Global conquistar económicamente al Sur sin necesidad de ejércitos. El dinero fuerte no solo compra más cosas, compra territorios, vidas y soberanía.

Para entender cómo se construyó esta ficción, hay que remontarse a los cimientos del sistema monetario actual.

2. El día que el dinero perdió su convertibilidad en oro.

Durante siglos, el dinero tuvo un respaldo material. El patrón oro garantizaba que un billete pudiera cambiarse por una cantidad fija de metal precioso. Pero la Primera Guerra Mundial rompió ese equilibrio y, tras la Segunda, los acuerdos de Bretton Woods (1944) establecieron que el dólar sería la moneda de reserva mundial, convertible en oro a 35 dólares la onza, y las demás monedas se anclarían al dólar.

Ese sistema otorgó a Estados Unidos un "privilegio enorme", un término que el ministro de Finanzas francés, Valéry Giscard d'Estaing, popularizó en los años sesenta. El privilegio consistía en que Estados Unidos podía emitir dólares sin límite para financiar sus déficits y sus guerras, mientras el resto del mundo se veía obligado a acumular esa moneda para comerciar. Era, como repitió el general De Gaulle, una forma "exorbitante" de financiarse a costa de los demás.

El 15 de agosto de 1971, Richard Nixon suspendió la convertibilidad del dólar en oro. El dinero dejó de tener respaldo material. A partir de entonces, el valor del dólar no se sostendría en una reserva física, sino en la confianza, en la costumbre y, sobre todo, en la geopolítica.

3. El petrodólar, el nuevo ancla inmaterial.

Sin oro, ¿qué sostenía al dólar? La respuesta llegó del desierto. En 1974, el secretario de Estado Henry Kissinger y el príncipe Fand ibn Abd al-Aziz firmaron un acuerdo gracias al cual Arabia Saudí se comprometía a vender su petróleo exclusivamente en dólares y a invertir los excedentes en bonos del Tesoro estadounidense. A cambio, Washington ofrecería protección militar y armamento. Los demás países del Golfo siguieron el ejemplo.

Así nació el petrodólar. Cualquier país que quisiera comprar crudo necesitaba dólares. La demanda de la moneda estadounidense se mantuvo alta y su valor se sostuvo sin necesidad del respaldarlo con oro. El petróleo se convirtió en la nueva ancla del dólar. Estados Unidos podía imprimir billetes y el mundo entero los demandaría para llenar el depósito de sus coches. La ficción se había perfeccionado.

Pero este acuerdo revelaba la verdadera naturaleza del sistema. Arabia Saudí no era una democracia, sino una monarquía absoluta, casi feudal, con una desigualdad extrema y un largo historial de violaciones de derechos humanos. Sin embargo, Estados Unidos no le exigió libertad ni elecciones. Le vendió armas, le ofreció protección militar y miró hacia otro lado mientras la monarquía mantenía a su población bajo control. A cambio, el reino se aseguraba que el petróleo siguiera fluyendo en dólares.

El mensaje fue claro. Al Norte Global no le importaba la libertad ni la democracia. Solo le interesaba el poder y atesorar recursos económicos en pocas manos. La alianza con regímenes autoritarios fue la prueba de que el "orden internacional basado en reglas" solo era un eslogan, mientras que el verdadero orden se centraba en intereses económicos y estratégicos. Si un país tenía un recurso que el Norte necesitaba y aceptaba jugar con sus reglas monetarias, su régimen político era irrelevante.

4. El laboratorio europeo. La conquista silenciosa.

La misma lógica que operó a escala global se reprodujo, con una precisión casi de laboratorio, en la construcción del euro. Cuando se fijaron los tipos de conversión irrevocables en 1998, no se hizo un cálculo neutral. Se tomó una decisión política que consagró una asimetría.

Alemania entró en el euro con un marco sobrevalorado. Su economía exportadora perdió competitividad, pero, a cambio, los alemanes (y los holandeses, austriacos y franceses) obtuvieron un poder de compra enorme en los países del sur. España, por su parte, llegó al euro tras varias devaluaciones de la peseta que la dejaron artificialmente barata. Ganó competitividad exportadora durante un tiempo, pero el dinero barato y la entrada masiva de capital extranjero se canalizaron hacia el ladrillo.

El resultado fue una transferencia de riqueza silenciosa. Los fondos de inversión alemanes compraron inmuebles en Mallorca, empresas en Madrid y deuda española a precios que, para ellos, eran una ganga. Los jubilados del norte de Europa compraron casas en la costa levantina, disparando los precios locales. El Norte compró el Sur con una moneda que valía más de lo que su economía justificaba.

5. La ley universal: el Norte compra el Sur.

Lo que ocurrió en Europa es una ley universal. El valor de las monedas fuertes frente a las débiles permite a los ciudadanos del Norte Global comprar tiempo, territorio y servicios en el Sur a precios que los locales no pueden pagar. El turismo, la gentrificación y la expulsión de residentes son la cara visible de esta lógica.

Los datos lo confirman. El 68% de los jubilados europeos encuestados en España reconoce que su capacidad adquisitiva es mayor que en su país de origen. En Benidorm, Marbella o Torrevieja, mientras los locales han de invertir el 80% de sus rentas para comprar una vivienda, los extranjeros siguen comprando sin grandes problemas. Lo mismo ocurre en Ciudad de México, donde los estadounidenses adquieren departamentos en las colonias céntricas, o en Lisboa, donde los nórdicos rehabilitan casas que los portugueses no pueden permitirse.

6. Los guardianes de la ficción.

Esta jerarquía monetaria no se sostiene sola. Necesita instituciones que la administren. El Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial han impuesto durante décadas programas de ajuste estructural que exigen a los países en desarrollo devaluar sus monedas, reducir el gasto público y abrir sus economías. La devaluación mejora la competitividad exportadora, pero empobrece a la población local en términos reales y facilita la compra de sus activos por parte de capitales extranjeros.

El sistema financiero internacional, diseñado en Bretton Woods, sigue operando bajo una lógica en la que el Norte define las reglas y el Sur las acata. Y cuando un país intenta escapar, se enfrenta a sanciones, a la fuga de capitales o a la presión de los mercados.

7. La grieta de la desdolarización.

Sin embargo, la ficción empieza a agrietarse. Los países del Sur Global, articulados en torno a los BRICS, están construyendo una arquitectura financiera alternativa. El Nuevo Banco de Desarrollo, el sistema de pagos BRICS Pay y las plataformas de monedas digitales buscan reducir la dependencia del dólar y comerciar en monedas locales. Arabia Saudí, el socio del petrodólar, ha empezado a vender petróleo en varias divisas.

No es una tarea fácil, porque el dólar sigue siendo la moneda de reserva dominante y la red de pagos internacionales está profundamente integrada en las economías de los países, pero la tendencia es a que el Sur Global no acepte pasivamente la ficción monetaria que lo empobrece.

8. La vida con una moneda justa.

La riqueza que se obtiene por un tipo de cambio favorable no es mérito del que la posee, sino un privilegio que disfruta quien nació en el lado correcto de la frontera monetaria.

La clave a largo plazo para corregir este desequilibrio no es si el dólar o el euro seguirán siendo fuertes, sino si se construirá un sistema monetario internacional que refleje el valor real de las economías y del trabajo, y no la geopolítica del poder.

Mientras el sistema monetario global no funcione así, el turista rico continuará comprando la casa del pescador y el pescador seguirá mirando el mar desde la orilla.